

de la Virgen María; como también, y principalmente para elevar la bula *Quanta cura* y su apéndice el *Syllabus* al rango de esas verdades tardías, tal vez, pero incontestables que todo buen católico debe creer so pena de condenación.

Aquel día entró el catolicismo en agonía, después de haber tomado al jesuitismo por enfermero,

XVI

Cuando el viajero se dirige de Florencia á Roma por el camino de Siena, atraviesa en la frontera de Toscana un torrente seco por debajo de los arcos destrozados de un antiguo puente romano. Entra en los estados de la Iglesia por la puerta de una ruina, y empieza inmediatamente el desierto, para no terminar sinó en Roma, y volver á principiar más allá de Roma hasta el monte Albano.

El *malaria* tiene establecido allí su cuartel general, desde el mes de julio hasta el de octubre. Los hombres mueren en ese lugar de una estación á la otra: las mujeres siguen la misma suerte después de haber engendrado entre ambos accesos, hijos destinados á morir, como ellos, del veneno del Maremma (1).

Mientras más se penetra en el vacío hasta perder de vista el *Agro Romano*, más parece que la naturaleza se agota y que se está próximo á morir de consunción. Por todo lo largo del camino, y

(1) Territorio muy mal sano de la Toscana en Italia.—N. del T.

en distintos puntos, supuran gases, cual de la llaga de una tierra mórbida, que derraman miasmas de muerte al través de la atmósfera.

¿Qué es el *malaria*? Mata; hé aquí todo lo que se sabe; algunas veces como un rayo; pero con más frecuencia, va filtrando gota á gota en el organismo: el paciente espira con lentitud, como si encubase la agonía. Ningún rumor, ningún signo hace traición al menor vestigio de población, ni aldea, ni campana; el vacío y siempre la soledad; un cielo azul, un sol irónico, un arrecife polvoroso que escapa en el horizonte, que asciende y vuelve á bajar, y, de tí mpo en tiempo, una brisa rafagosa que arrastra un torbellino de arena, y, acaso, una antigua torre medio derrumbada donde duerme un águila con la cabeza escondida bajo una de sus alas.

Un aire enrarecido pesa sobre esa tierra amortecida, color de betún, que no abriga más que tres habitantes asimilados á su efigie: el pastor, el perro y el búfalo. El pastor, de facción sobre la cresta de una colina, á caballo, ojeando toda la llanura, siempre en actitud de caer sobre una presa, cualquiera que sea, viajero ó jabalí. El perro, especie de lobo trasformado, con la oreja recta, y la cola acopada, al mismo tiempo feroz y poltrón que mira oblicuamente y muerde sin ladrar. El búfalo muellemente echado sobre un montón de cieno, que levanta la cabeza idiota de su camastro babeando sobre su barba con la gravedad de un capuchino.

Los pastos viciosos han reemplazado á la agricultura en el Maremma; el hombre se ha batido en retirada ante el ganado; ha retrogrado del estado sedentario al estado nómado,

es decir, al punto de partida de la civilización, y la campiña sólo representa allí una segunda Arabia escapada del otro lado del Mediterráneo.

El beduino romano vive allí á caballo como su primo el de Sahel, con la carabina al lado, lo que le permite acumular el oficio de pastor y de bandido, sin otro techo que el cielo, sin más hogar que el vivaque, errando á la ventura y apacentando su rebaño por donde encuentra pasto para saciarlo. A la caída de la noche enciende fuego con malezas, al pié de algún roble olvidado en aquella estepa, y al día siguiente, al levantar su campo cubierto de yerbas, sólo deja un tronco quemado en forma de tizón para marcar la huella de su itinerario.

El arado funciona con buen éxito, todavía, en el mes de noviembre cuando hace una aparición furtiva sobre aquella tierra inculta, menos para sembrar el bleo que para expurgar el pastoreo de las zarzas en beneficio de la grama. En las primeras lluvias del otoño, un ejército de trabajadores desciende de la Sabina al toque de la cornamusa de los pifaneros, y esta leva en masa de los campesinos de la montaña llega, en día fijo, como por encanto, al lugar en que ha de empleárseles.

Los colonos de los doscientos feudos eclesiásticos ó nobiliarios embrigadan esta columna móvil de voluntarios del trabajo, y la conducen por compañías hacia sus granjas. Se preparan allí, algunas veces hasta cien arados de frente tirados por los grandes bueyes de Clitumne, y al terminar su jornada, los aradores duermen al aire libre sobre el surco en evaporación, hasta

que, espirado el tiempo de servicio, reciben su salario, y se remontan á la montaña.

Vuelven, más tarde, á la época de la mies, pero esta vez, como los que marchan al combate, porque la canícula hace humear la yerba seca del Maremma. La cigala, guitarra estridente del desierto, impregna en el oído la hornalla de la atmósfera. Los segadores encorbados sobre las espigas, con los brazos desnudos abaten á su paso la inmensa tabla de trigo rutilante de chispas y colores, y trabajan con ardor como si estuviesen bajo el fuego del enemigo, porque durante ese tiempo un sol mortífero vierte la muerte sobre la obra de vida de la mies; pero el segador siente, de repente, que le falta la fuerza sobre la misma gavilla que está atando; se aleja, se acuesta y muere allí donde ha caído, lanzando una postrer mirada á sus montañas.

Tal es la campaña que se realizaba en otro tiempo, á la presencia del sacerdote; y él mismo tuvo que suprimirla. Pero el malaria tiene hoy el dón del progreso, pues marcha con paso impasible al asalto de Roma para someterla también á la intoxicación de la atmósfera. Se puede seguir sobre el plano la marcha fúnebre de la fiebre, que avanza de siglo en siglo, y de etapa en etapa. Al principio del xvi se detuvo á la puerta de la villa Magliana, donde no quedan hoy más que ruinas.

En el siglo xvii respetaba la villa Pamphili en donde tantos cardenales iban á arrastrar su largo manto sobre las rocas deshojadas de los paseos, y no se atreve á alojar, hoy, allí, ni á un conserge.

En el siglo xviii la villa de Albane arrostraba la plaga; pero la epidemia la invadió á su vez, y continuando su trabajo de circunvalación destruyó los puestos avanzados, uno tras otro, y atravesó en fin el recinto amurallado. Y al frente de esta sentencia de muerte del circuito territorial de Roma, se ha levantado un obispo francés para decir que valia más, bajo el punto de vista del papado, tener al rededor de su trono, por centinela avanzada, la peste, que una campaña contrariada por el ruido de la industria.

Es preciso para el Santo Padre, en la opinión de monseñor Serbet, una Tebaida con la muerte por centinela de vista, porque el ruido cadencioso de una máquina de vapor podría turbar la digestión extática de un Dios de segundo orden que no tiene de común con el resto de la humanidad sinó tomar una taza de chocolate por la mañana y comer una pieza de caza al mediodía.

Cuando hace cuarenta años se visitaba á Roma, parecía que se entraba en un necrópolo. El desierto de los campos que acababan de atravesarse nos seguía en espíritu hasta el seno mismo de la Ciudad Eterna; con igual soledad, con el propio silencio. A excepción de la calle del Corso, un poco más animada que las demás, no se encontraba en el vacío de éstas sinó algún campesino envuelto en su capotón, ó un monje con las manos metidas debajo de las mangas de su sayal.

Veíase algunas veces pasar por delante de la puerta de alguna iglesia á un hombre que seguía su curso con solemnidad, con los ojos elevados al cielo, y los brazos colgados como si desdenase aquel movimiento y lo tuviese como inferior

á su dignidad; y ese era un príncipe de la Iglesia.

No existía síntoma ni sospecha de actividad industrial ó comercial, á no ser una yunta de bueyes arrastrando un carro antiguo cargado de botas de vino ó sacos de harina; porque era preciso que el pueblo comiese; después de lo cual, nada más le quedaba que hacer sinó rezar, acostarse y dormir. Cuando la noche avanzaba, podía verse, por el monte *Pincio*, como el Tiber exhalaba un vapor sepulcral que recubría las llanuras de Roma, y no dejaba descubrir, al través del cielo rojo del poniente, sinó la cúpula de San Pedro, ó el castillo de San Angelo, como puntas de roca superiores al espumarajo de las rómpieses.

No se oía ya desde entonces sinó el murmullo de las innumerables fuentes que corren por todas las plazas y en casi todas las casas, ó el coro quejumbroso de las campanas y los relojes que se llamaban y respondían desde el claustro á la iglesia y de la iglesia al convento. De cuando en cuando, pasaban rápidamente por la calle antorchas errantes acompañadas de lúgubre salmodía. Era una cofradía de la muerte que llevaba un féretro abierto donde reposaba un cadáver, á fin de que su cabeza livida iluminada por el fulgor vacilante de la resina, infundiese el espanto en el espíritu de los pasantes.

¿Pretendía el viajero ver al padre de los cristianos, que lleva dos mundos sobre su cabeza, y abraza al universo con un gesto? Encontraba en el *Transtevere* un palacio construído de piezas y de trozos, por cuatro ó cinco papas, y á la extremidad de esta especie de edificio pálido, en forma de catafalco, una alameda de cipreses

que, al través de prolongado murmullo, conduce al otro cementerio campestre.

La entrada del Vaticano estaba, entonces, guarnicionada por soldados suizos que llevaban uniforme de la Edad Media, faccionarios simbólicos de una doctrina tradicional que parecía haberles dado por consigna impedir que penetrase en aquel necrópolo el espíritu de vida. Cuando se ha subido la rampa ó pendiente suave acomodada para el andar de los ancianos, creeríase vagar por el castillo fantástico de la *Belle* en el bosque somnolente, porque no se divisan hacia delante más que corredores sin fin que renacen unos de los otros, puertas cerradas, salas vacías ú ocupadas solamente por pinturas y estatuas.

¿Dónde está el papa? ¿dónde su corte? Un camarero con medias de seda violeta, os muestra, con aire misterioso, una nave lejana del palacio, en donde, después de muchos descansos, y en el fondo de diversos pasillos, el soberano de las almas hace la interminable siesta de su espíritu. Allí no se piensa más; no se sueña tampoco; el Sinaí, como alguno ha dicho, no brilla más, pero exhala humo.

Y puesto que se tenía la pretensión de poseer un reino, ¿pensariase, á lo menos, en gobernarlo, es decir, en derramar á su rededor el bienestar y la prosperidad? Nó; la administración inquieta de la legislación eclesiástica de Roma marcaba con el estigma de la esterilidad todos los instrumentos de producción: nadie podía introducir en Roma una industria ó establecer una fábrica sin el permiso del papa; y éste la impedía á su capricho, siempre que lle-

gaba á temer que el trabajo introdujese tal riqueza, que aportase á su reino alguna clase de independencia á cuya sombra le pudiese ocurrir, quizá un día, la impertinencia de aspirar á ser alguna cosa en el Estado. El fisco absorbía el impuesto, como el árabe opera un saqueo; hacía irrupción de repente en una población á la cabeza de un pelotón de caballería, imponía cargas á sus habitantes, y si éstos rehusaban pagarlas, les confiscaba sus cabras y sus carneros.

La concusión era, de tiempo inmemorial, en Roma, una institución de Estado; no había un funcionario que no ejerciese el pillaje sobre la fortuna pública; y ¿por qué no? Todos esos cardenales, esos monseñores, esos pájaros de paso con plumaje escarlata, azul ó lila, salidos no se sabe de donde, ¿no habían caído en Roma como sobre una presa? La barrica de vino formaba parte de las funciones del cardenal; y ¿cómo explicarse de otro modo la fortuna de Antonelli, ese hijo de un bandido que cubría con su púrpura otra clase de bandolerismo?

Pues que tan en grande se roba por lo alto, robemos también por lo bajo, decían los campesinos de la montaña; y tomaban la carabina y se iban á asaltar á los viajeros, estableciendo en Sonino su centro de provisión. Y ¿qué hizo el papa? Dió orden de quemar el pueblo, y por este arranque de genio, envió todos los habitantes pacíficos, como otros tantos reclutas, á los ladrones que mantenían la campaña.

La Iglesia romana no era, en el fondo, más que una vasta organización de la mendicidad. Los monjes mendigaban de puerta en puerta para repartir, es verdad, con otros mendigos:

el papa tendía la mano á todos los Estados para obtener un trago que llamaba el dinero de San Pedro; sus mismas tropas pedían á los presidiarios que custodiaban un céntimo para comprar un cigarro, y el pueblo romano no había conservado de la antigüedad sinó el envilecimiento de la espuerta.

El último papa hizo un santo de no sé qué indigente harapiento devorado por los gusanos, que no tuvo más mérito que mendigar y causar náuseas con su peste. De esta manera, Roma, viuda de un pueblo muerto, y tres cuartos partes muerta ella misma, bajo el gobierno de la Iglesia, esperaba su último cuarto de hora sentada sobre una tumba; porque el suelo de Roma no es otra cosa que un inmenso sarcófago construído todo de restos de tumbas. Las fortalezas están cimentadas sobre tumbas, las mesas de altares colocadas sobre tumbas, las capillas llenas de tumbas, las arcadas de sus claustros sembradas de tumbas.

El viajero no puede descender á cualquiera profundidad que sea, al través de esos lechos de vidas extintas, sin bajar por una escalera mortuoria que lo conduce de peldaño en peldaño, por entre los yacimientos de la rotonda sepulcral de los *Columbarium*, á las galerías de las Catacumbas, y sin sentirse impulsado á preguntar si la Roma moderna no ha subido por encima de las dos ó tres Romas enterradas allí, para hacer que todos sus muertos acudan á un tiempo, á tomar el sol.

Un día, el gran gintor Poussin recogió un puñado de polvo en el Pincio; y dijo: hé aquí la Ciudad Eterna.

XVII

El aire mefítico de Roma, tan mortal para lo moral como para lo terreno, sopla, sin duda, sobre todo el clero católico; pero en ninguna parte, á excepción de Bélgica, como sobre el clero francés. Este se hallaba en otro tiempo adherido á la Francia por medio de la propiedad, porque poseía una tercera parte del reino y formaba el primer cuerpo del Estado: no surgía únicamente del subsuelo social, que se llamaba entonces el pueblo menudo, que también se formaba de la nobleza; y si el episcopado tenía el espíritu de altivez, aquella tenía igualmente el espíritu de independencía.

Afortunadamente, la revolución pasó su mano, á la vez trágica y bienhechora, sobre estos cadetes mitrados ó cayados de la aristocracia, y amonedó sus tierras en las manos de los campesinos. Pero hoy, cuando un cultivador ó artesano sin fortuna, tonelero, carretero, peluquero ó zapatero tiene un hijo que quiere, ó mejor dicho cree, poder elevarlo de rango en la sociedad, lo destina al sacerdocio.

El oficio tiene su lado bueno y también malo; pero puesto todo en la balanza, la ventaja del

primero es evidente. En primer lugar, con él se evita el servicio militar, y se come apasiblemente, sobre todo, los días de regalos; se anda por todos los pueblos á la cabeza de la gerarquía campestre sin exceptuar el alcalde ó su teniente, y se tiene puesto el cubierto todos los domingos en la mesa del hidalgo del vecindario. En cuanto á la vocación, es inútil hablar de ella, pues vendrá cuando pueda, como que á los trece años no es posible que el niño tenga el secreto de su aptitud.

El aprendiz de sacerdote, por poco pobre que sea, entra en el pequeño seminario con una bolsa del Estado, y allí aprende el primer juego de manos del oficio, el griego, el latín y cualquiera historia de fantasía que no es sinó la caricatura del pasado. Del pequeño seminario se le lleva al grande, donde se le inicia en los dogmas y en las reglas de su estado; y después de este largo secuestro del espíritu entre cuatro muros, la Iglesia le administra la tonsura.

Hélo ya vicario, y más tarde, cura, confesor, predicador, todo lo que se quiera de él, menos el carácter de semejante nuestro. Desnacionalizado en su propio país, entra en su siglo, sin haberlo jamás esbozado y menos sospechado; y entra en él, marcado y señalado sobre la cabeza y en su cuerpo, y cualquiera cosa que haga, y á donde quiera que se dirija, su tonsura lo denuncia, su sotana lo demarca. No es un individuo, sinó una representación; no es él mismo, sinó un sér disfrazado: lleva en su uniforme un continuo recuerdo de su función obligada, que le condena á estar muy sobre sí acerca de su apariencia, y á mantener en orden

su fisonomía: no habla como otro, no camina como otro, tiene una mirada toda suya, la mirada del sacerdote, su ojo flota ó se desvía; tiene un andar peculiar, andar de eclesiástico que parece marchando siempre como con zapatos de trampa, y sondando el suelo con el pié. En una palabra; su fisonomía, su librea y hasta su gesto de mujer cuando remanga su sotana, denotan en él un tercer sexo, y en todas circunstancias, un extravío de la naturaleza humana.

Hay una religión; una sola, es verdad que recomienda á su ministro que se coma piadosamente á su Dios, y que se lo coma en carne y en hueso. De todos los homenajes que pueden rendirse á la Divinidad, el más gustoso para la Iglesia es un acto de antropofagia que hace pasar á Dios por todas las peripecias de la digestión. El hábito de jugar á lo sobrenatural, y de precipitar á Jesús con un signo de cruz en la pasta de una hostia, ha concluido por dar al sacerdote esta alta opinión de sí mismo, que le induce á creer que es capaz de hacer tanto como Dios, más, todavía, que Dios, puesto que puede fabricarlo á su voluntad.

«María, dice el obispo de Rennes, no ha concebido á Jesucristo sinó una vez, mientras que el Sacerdote, consagrando la santa Eucaristía, lo concibe tantas veces, cuantas quiere.»

El ministro en ese acto, es igual á María; concibe á Dios, como ella; pero es muy superior, por cuanto lo pare hasta lo infinito. El padre Feliu de la compañía de Jesús, hace encajarse todavía más su importancia, que aquel prelado. «En la misa, dice él, en el momento

de la elevación, el hombre *manda* á Dios, y Dios *obedece* al hombre: allí el sacerdote *ordena* á Jesús que descienda para encarnarse, etc. etc.»

¿Qué puede venir á hacer entre nosotros este renegado de la ley natural? El no es ni contemporáneo, ni compatriota nuestro; vive en lo pasado, mientras que nosotros nos movemos en lo presente; y ha renunciado también á la patria y á la familia. La mujer no es para él sinó una dificultad ó una imposibilidad; él ha perdido el primero de todos los derechos, que es el de amar; y después de buscar por otras partes una indemnización á la naturaleza, sólo la ha encontrado en el furor del fanatismo.

Pero, precisamente porque desierta de la familia, porque rehusa participar de la vida común, porque la rechaza y la desconoce, infunde sospecha, y se desconfía de él, y siente pesar sobre sí un misterioso aislamiento. Se reclama, sin duda su ministerio, como necesario, para un matrimonio ó para un entierro, y después se le paga y se le saluda, sin que se conserve para más adelante otra relación con él que la de una inclinación atenta de cabeza al encontrarlo.

El sacerdocio está cada día más esquivado por la generalidad, y su reclutamiento ha llegado á ser un problema. ¡Cuántos departamentos existen en Francia que no pueden proveer aún por completo las primeras materias del clero! Pero le ha quedado fiel la mujer, que le pertenece más que al marido, porque á aquel es á quien ama primero, y el resto es lo que ofrece á éste. Mientras que es joven y bella, el baile, la ópera, los trajes y otras fruslerías son suficien-

tes para aturdir y fascinar la cabeza vacía de la *pensionaria* del Sagrado Corazón; pero decae la juventud, y con ella la poesía de su existencia.

La mujer muere dos veces; la primera, en la belleza, y la segunda en la vida; y de las dos muertes, la más cruel para ella es la primera. Si su hijo se establece, y su hija se casa, llega á convertirse en un sér prebendado de su sexo que se llama la mujer fastidiada. En esos momentos que pueden clasificarse entre perro y lobo de la existencia, es cuando el sacerdote la espera para distraerla y afiliarla á esas innumerables cofradías femeninas de la Obra de San José, de la Infancia, del niño Jesús, de Nuestra Señora auxiliatrix, etc.; y para decirlo todo de una vez, el corazón de la mujer, tiene, al declinar su vida, tempestades rezagadas que sólo puede calmar la mano discreta del sacerdote, que ha creído arrostrar á la naturaleza, y ésta se ha vengado; como ha pensado encontrarse superior á ella, y ha caído en su más profundo abismo.

¿No está, acaso, la sociedad, aterrorizada al presenciar ese número siempre creciente de apetitos feroces sometidos á un ayuno forzado? Esos reclusos airados se ceban con más fuerza en las primeras presas á su alcance y principalmente sobre los niños, y ¿no sería ya tiempo de cerrar ese grande pudridero del celibato que tantas víctimas marchita? La devoción era, en otros tiempos, el monopolio de las mujeres ancianas. Las otras tenían pasatiempos que bastaban á sus necesidades de actividad; pero en nuestros días, éstas se han arrojado con descaro á ladesvergüenza de la hipocresía, y han llevado

á su falsa devoción todo el fuego de la juventud. Esa devoción de doble sentido del *Sagrado Corazón* ha puesto fuego en sus almas y tienen en las venas todas las moscas cantáridas del misticismo: sus sentidos están asolados por su influencia, y cuando su Dios interior las agita, no se conocen ya, ni se contienen tampoco, como se ha visto el día de la expulsión de los jesuitas, en que se arrojaron muchas á los piés de éstos, para besar las orlas interiores de sus sotanas, vomitando torrentes de imprecaciones contra los comisarios de policía, y llegando una de ellas, á quitarse el guante de su mano de duquesa para abofetear á un gendarme.

Estas calceteras de la Iglesia dispensarían á sus maridos que tuviesen una actriz de más, ó una deuda de juego nueva; pero no le perdonarán jamás, un acto de adhesión á la República, aunque fuese pagado con una embajada, ó bien se desahogarían con reconvenções y violencias, ó le harían, en fin la guerra muda de lágrimas y suspiros.

Hay alguno, ha dicho Lutero, que se acuesta más cerca de mí, que mi mujer, y es el Diablo; pero él podría decir hoy, es el cura. ¿Cual es, en efecto, el confesor que no manipula, á su placer la conciencia de su penitente, que no la impone la obligacion de obedecer á la palabra de orden del confesionario, y al mismo tiempo de someter su marido á seguir la consigna? El sacerdote lleva, de esta manera la discordia en el interior del hogar.

Y no solamente del hogar sino de la familia. ¿Qué hace él á la cabecera del lecho del moribundo? Le exhorta, sin duda, al arrepentimiento,

pero hay dos clases de arrepentimiento; el uno generoso, el otro parcimonioso. El primero es más agradable al Señor, y por él se obtiene el derecho de entrada en el Paraíso. Este arrepentimiento escogido se expresa con un legado á la Iglesia, bajo un falso nombre, ó un donativo de mano á mano en el estrecho recinto del enfermo. Y ¿á qué objeto destina él ese dinero? A hacer una guerra encarnizada á la democracia, á la soberanía del pueblo, á la libertad, á la ley de la Nación, al Código civil, este sublime testamento de la Revolución.

Hay en este momento mismo, cuarenta mil sillas en donde los curas gruñen rabiosos todos los domingos contra la República, después de lo cual, ellos enjuagan su boca y van á tender la mano al Gobierno: «yo te he injuriado, págame; á tanto por insulto.»

XVIII

¿Puede la Iglesia del papa trasformarse; y trasformándose, operar su regeneración?

Ella no piensa sobre el particular, ni quiere hacerlo, y aunque lo quisiese, no lo podría. Le sería necesario renegar, á un tiempo, de su pasado y de su presente, ha pretendido ser una é inmutable, y ha dicho: «Yo soy la eternidad; la eternidad no cae bajo el hacha del tiempo, ni experimenta los beneficios de éste.» El papado ha cerrado sobre ella una puerta de bronce, y nada puede entrar ni salir de allí.

¿Una é inmutable? Sí, sin duda, pero, ¿cuál es esa unidad? Es, á no dudarlo, la del mismo breviario que el sacerdote recita, la del propio catecismo que enseña, la del mismo símbolo que impone á su rebaño, la de la mímica que repite en el altar al realizar el sacrificio. En todo eso, no hay más que la unidad puramente exterior por el ojo y por la oreja, la unidad de la palabra y nada más.

Pero sobre esta unidad de pura muestra, hay otra que es la única verdadera, la identidad de creencia, percibida y concebida de la misma manera por todos los creyentes. No es posible creer,

cuando no se comprende, y se tiene la necesaria instrucción para comprender. ¿Qué es, en efecto la inteligencia sin el estudio? Un cuarto sin entrada de luz.

¿Acaso el boyero Bretón que asiste regularmente á la misa, el domingo, ha comprendido jamás el dogma católico, como su compatriota Lamennais? ¿Qué puede entender de la doctrina tres veces escolástica de la trassubstanciación ó de la Trinidad? Lenguaje desconocido para él, parodia de un confuso enigma. El ha visto en un nicho de capilla de su pueblo á una buena Virgen que carga en sus brazos al niño Jesús, y á esa pequeña estatua de yeso es á la que adora, como si fuese la divinidad en persona. La divinidad para sus sentidos, es la imagen que tiene á la vista, y cae de rodillas ante ella con tanta más piedad, cuanto que no puede encontrar en su espíritu la diferencia entre el símbolo y la idea.

¿Era este el catolicismo de Pascal? El colocaba según suponemos, la idea delante del simulacro; adoraba á Dios en espíritu, mientras que el cabrero de Morbihan no lo adora sino en imagen, y que, en la noche de su alma confunde siempre á Cristo con el crucifijo.

Si pudiésemos hacer la fotografía del alma como la del rostro, veríamos que hay tantos variados tipos de catolicismos como existen cerebros, más ó menos esclarecidos ó tenebrosos, y que en realidad hay en la Iglesia romana otros tantos cultos diversos cuantos la humanidad ha engendrado y devorado en aquellos, desde el período salvaje hasta nuestra época de civilización. Existe el catolicismo feti-

chiste, el pagano, y en fin el catolicismo de capricho que es el que preocupa más á la Iglesia.

¿Puede pensarse que los católicos instruidos crean con exacta igualdad en el pecado original, en el infierno, en el demonio y en la condenación de los niños muertos antes de recibir el bautismo?

¿Cómo es que podéis aún llamaros católicos? preguntaba un libre-pensador al abate Gioberti después que se hubo quitado la sotana. Más de un artículo del *Credo* debe contrariaros. «El *Credo*, respondió, con su fina sonrisa italiana, yo lo alargó y lo recortó, porque me he formado en la Iglesia, mi pequeño protestantismo. Un boticario que inscribiera sobre todos los potes de su farmacia el mismo letrero, no alcanzaría á trasformar la morfina en la quinina.»

La unidad de la Iglesia no es, pues, sino una ficción; pero ficción ó nó, el papado la impone, no obstante, como un artículo de fe, y todavía más, por la fe misma en todo su rigorismo. La religión, dice el clero, debe ser de una sola pieza, como el vestido sin costura de Cristo, porque sino, se divide de un día á otro, y se subdivide en tantas sectas, que concluye con no ser ya un culto, y se convierte en polvo.

La verdad es, indudablemente, una, pero con la condición de reconocer ante todo la unidad de la razón humana, que es la única competente para decidir de la verdad. ¿Qué sería de una doctrina que no tuviese ni el asentimiento ni la convicción de la razón? Sería una vagabunda que en ninguna parte encontraría donde alojarse.

Que la religión romana sea una, puesto que en materia de creencia hace abstracción del creyente puede, tal vez, concebirse; pero que pretenda ser inmutable en medio de una sociedad perfectible: ¿no es querer obrar con demasiada presunción, por no decir imprudencia? ¡Cómo! Todo se evoluciona á su rededor, y ¿sólo ella ha de escapar á la ley universal del movimiento? El mundo marcha, y permanecerá ella inmóvil como un Estilita (1) en la cima de una columna?

Pero ella está tan bien amurallada y cerrada á toda influencia del exterior, que el espíritu del siglo no puede penetrar en su recinto, y su gobierno lo forman setenta ancianos: Y ese ropaje secular de larga cola que ellos arrastran pendiente de sus espaldas; y esa Roma de nuestros días que no es sinó la tumba removida de tres ó cuatro Romas anteriores, que ellos habitan; y esos palacios edificados con escombros de la antigüedad; y ese Vaticano de más de *once mil* habitaciones, casi la mitad de inmensos salones, donde el papa tiene su silla en un vestuario de urnas vacías, de mármoles desenterrados, de inscripciones en lenguas que no se hablan ya, de vaciedades de tantas fechas, de despojos de tantas nulidades; y todo lo que la Prelatura purpurada ve, y todo lo que toca, todo lo engolfa y lo sumerge en la noche del pasado. ¿Es, pues de estos hombres soberanos de la Iglesia, cubiertos de los pies á la cabeza con sus preocu-

(1) Religioso anacoreta que dió en la ridícula costumbre de vivir penitente encima de las columnas.—*N. del T.*

paciones y sus intereses de los que puede esperarse una renovación de la Iglesia? ¡Perezca Dios primero! dicen ellos.

Ellos eligen al papa, porque, en una teocracia celibataria, es preciso sacarlo de la urna; pero así, electivo como es el papado, no es menos hereditario de sus ideas por el espíritu: puesto que los cardenales nombrados por el papa reinante eligen á su vez el que ha de sucederle. La muerte se apodera del vivo, como decían en otro tiempo, y tanto mejor para que aquellos ancianos elijan, con más frecuencia otra senectud pontifical que sólo tenga de intervalo un paso para su tumba.

Han existido en nuestros días algunos católicos, y los más eminentes por su talento que al ver que la Iglesia abandonaba el siglo, han temido que ella se vea, también, abandonada por éste, y procurado por tanto aproximarlos, y aun soñado reconciliarlos. Laménais emprendió esta obra, poco tiempo después de la revolución de julio; y si algún teólogo tuvo jamás el derecho de contar con el reconocimiento de Roma, fué ciertamente este ultramontano fogoso que había sacrificado la Iglesia galicana á la omnipotencia del papado. Y ¿cómo acogió Gregorio XVI, este papa criador que tenía en el Quirinal el más rico establo de puercos de Europa, al elocuente defensor de la Santa Sede? «Callad», le dijo, poniendo el dedo sobre su labio. Pero Laménais no se calló, y Roma, después de reprobarlo, le lanzó su excomunión.

El abate Gioberti renovó la tentativa de Laménais, creyendo haber conjurado antes un nuevo zurriagazo de la curia romana. Había

él, también, aclamado, en su libro del *Primato*, la soberanía temporal del papa sobre todos los Reinos, pero deslizaba al mismo tiempo en su citado libro alguna idea de libertad. Roma calificó á Gioberti sinó de hereje, á lo menos de temerario, y desde entonces tuvo que vagar vestido de burgués por el boulevard Montmartre.

El monje Rosmini, este otro grande espíritu, pretendió refrescar la filosofía un poco amortecida de la Edad Media, y fué encerrado en una celda del Monte-Casino, y ya sepultado en ese *in-pace* de su inteligencia no tuvo más remedio que hacer penitencia.

Lacordaire, este otro segregado de la Iglesia en el seno mismo de ella, había dado á Roma toda garantía de humildad, rompiendo con Laménais, y tomando el hábito dominicano; pero tuvo el valor de protestar contra el atentado del dos de diciembre; y como predicador peligroso que debía mantenerse bajo rejas, recibió una orden de su superior que le cerró la boca, se le hizo bajar del púlpito que tanto había ilustrado, y fué á expiar en el retiro el crimen imperdonable de haber ostentado demasiada elocuencia.

El padre Jacinto sucede á Lacordaire, y también causa demasiado ruido porque arroja de sí muchas sombras que lo rodean. Es preciso anonadarlo y humillarlo, y colocada su conciencia en el calabozo por un superior tiene que salvarse por una lumbrera. Se le ha ridiculizado por ello, en lugar de habersele felicitado.

Si algún hombre en el mundo pudiese considerarse digno de mérito por el cuerpo de los

ancianos gerentes del Vaticano, sería seguramente el conde de Montelanbert, que supo hacer caer en el lazo del liberalismo á la monarquía de julio y á la república de febrero haciéndoles prometer, á una y á otra, la libertad de enseñanza. En nombre de esa misma libertad fué que arrancó al partido republicano esa ley de instrucción que dividió en dos el monopolio de la enseñanza, dando la mitad al clero y la otra á la Universidad, pero poniendo en realidad el alma de la juventud francesa bajo la policía clerical.

Así; por todo el largo tiempo que M. de Montelambert tuvo necesidad del pretexto de la libertad para restaurar el jesuitismo en Francia y entregarle la virginidad de espíritu de la nueva generación, la corte de Roma lo aprobó á lo menos con el silencio; pero una vez ganada la victoria con la ayuda de un liberalismo mentido, hizo el papado significar al conde de Montelambert que debía renunciar al matrimonio contra natural de la religión y la libertad.

El tribuno elocuente del partido clerical francés lanzó desde su lecho de agonía un grito de dolor; y después de su muerte, el Santísimo Padre Pío IX prohibió que se cantase una misa en la iglesia de *Ara-celi* en honor de aquel falso hermano de la Iglesia, muerto en olor de herejía.

Y más tarde, persiguiéndole con su cólera aun en esa paz de la tumba, donde debería extinguirse hasta el rencor clerical, decía á los peregrinos franceses, haciendo alusión al conde de Montelambert: «El catolicismo liberal ha

causado más males á Francia que la Comuna misma: Yo lo he condenado ya, y lo condenaré cuarenta veces.» Y al hablar así, llevaba las manos á su frente con un profundo sentimiento de indignación.

Al leer los discursos de Pío IX recogidos por su secretario y sellados como exactos, se siente oír los gritos ó ver los rechinamientos de dientes de un macaco encolerizado. Cuando una flecha empapada en el veneno de curare (1) alcanza á un hombre, la herida lo arroja á un estado tal de entorpecimiento que no es todavía la muerte, pero sí la ausencia de todo movimiento. El herido aterrado, mudo, inerte, con el ojo fijo, con el cuerpo envuelto en una capa de plomo, ve, siente, piensa, tiene conciencia de su estado, pero no puede ni moverse. Tal es hoy el catolicismo entregado á las manos de la secta de Ignacio: tiene el curare en las venas, y se halla herido de inmovilidad, y Cristo mismo si descendiese á la tierra para decirle como al parálitico «levántate y marcha,» recibiría de su orgullo la respuesta; «Retírate ¡oh Señor! que estás turbando mi reposo.»

(1) Tósigo activo de la India.—N. del T.

XIX

Se dice que el nuevo papa deplora los despropósitos de sus predecesores, y procura atenuar las enemistades que Pío IX ha sublevado contra el Vaticano.

Si León XIII tuviese la felicidad de ser un hombre como otro para oír el eco de la razón, yo le diría con la franqueza, y con la deferencia que se debe á todo sér semejante:

«Nosotros no hemos, sin duda, marchado jamás, vos y yo, por el mismo camino; pero, en fin, el más sencillo prójimo puede dar, en oportunidad un buen consejo: escuchadlo, Santo Padre, que podría seros útil, y en todo caso, no puede sospecharse que sea hijo de la lisonja.

»Si lo que se dice de vos es verdadero, no habéis sido formado para ser papa. Pío IX ha maleado el oficio; vos no podéis hoy, ni confesar ni negar á vuestro predecesor. Valéis sin duda, más, que vuestro destino, que os condena á la suerte de infalible; porque sólo un alucinado puede tomar ese carácter por lo serio, para atribuírselo á si mismo, é imponerlo al catolicismo. Pero, por poco que os quede de buen sentido, debajo de vuestro solideo de raso, de-